



Queridos amigos:

Como otros meses me dirijo a vosotros para ofreceros algunas reflexiones. Ya sé que estos días lo único que uno parecería poder pensar es cómo sacar más rendimiento a las horas de estudio para afrontar los exámenes, pero también ahora es necesario meditar sobre uno mismo.

Hoy quiero comentar una costumbre china: la de vendar los pies a las niñas para que no crezcan. Seguro que habéis oído hablar de esta tradición antigua que consideraba que las mujeres debían tener los pies pequeños, al menos las de una determinada posición social. Para ello no dudaban en atar los pies a las niñas desde pequeñas obligando a los huesos a adaptarse de forma antinatural a una lógica social para nosotros especialmente extraña. Más aún, era necesario romper los huesos de los cuatro dedos pequeños. Se trataba de una lógica social que se había asumido como normal y que encerraba a las mujeres en un sufrimiento del que no se podían quejar.

Esta práctica hacía que la lógica de la estética terminara haciendo que las mujeres no pudieran caminar mucho y hacerlo sin dolores. Pero, ¿quién querría tener los pies grandes si iba a ser mirada con un cierto desprecio e incompreensión por parte de todos?

Pues bien, yo creo que en nuestra cultura esto mismo está sucediendo con la presencia de Dios en cada uno de nosotros. Al menos esto es lo que he pensado algunos días en mi oración mientras os esperaba después de mis convocatorias y rezaba por vosotros. Me parece un buen ejemplo para que penséis en vuestra vida religiosa. ¿Quién querría tener los pies grandes, una fe viva, práctica, activa, eclesial... cuando nuestra sociedad parece haber decidido que hay que tener una fe pequeña y escondida (como esos diminutos pies debajo del kimono)?

Estoy convencido de que nuestra cultura intenta hacer pequeña la presencia de Dios haciéndonos sentir que no debe tener relevancia en nuestras vida, que no se debe ver, que si se ve estamos fuera de sitio. Por ejemplo, ¿en cuantas series de televisión aparece esta presencia?, parecería no existir. Y en las series infantiles (los lunis, por ejemplo) ¿se habla alguna vez de ella?

Esto hace que sin darnos cuenta aceptemos que debemos atar la fe, incluso romperla cuando se ve *más de la cuenta* (como antaño rompían los dedos de las niñas chinas). ¿No has sentido alguna vez que Dios quería hacerse presente en ti, que tú mismo querías acercarte a él y que algo te dice “pasa del tema” ya es bastante con lo que tienes?

Pero no hay que olvidar que cuando uno reprime una de las dimensiones de su vida, ésta termina resintiéndose. Quizá ahora no nos demos cuenta, pero no sería extraño que más adelante, ante algún acontecimiento especialmente grato o especialmente triste, queramos volvernos a Dios y no sepamos caminar porque nuestros pies (nuestra fe) no sabe hacerlo de tan pequeña como la hemos obligado a ser.

Mi invitación de hoy es a que pienses si tu fe no te está pidiendo de alguna manera que la desates, si Dios no te está invitando a dejarte visitar y enriquecer por él. Quizá pienses que con el número de pie que tienes ya es suficiente, pero los pies que Dios quiere para nosotros deben ser grandes y decididos a buscar sin cansarse, a atravesar caminos difíciles hasta sorprenderse de la riqueza que Él nos ha destinado y que habita escondida para quien se deja atrapar por los estrechos caminos de nuestra cultura.

Mientras reflexionáis y decidís si desataros los pies yo sigo rezando por vosotros. Doy gracias por vuestra alegría desenfadada y alborotadora, y por vuestra cordialidad y amistad mutua, y pido a Dios para que encontréis y utilicéis las mejores cualidades que Él os regaló y que espera una sociedad tan necesitada de solidaridad y compromiso

Como siempre un saludo. Paco.